

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

La conexión, ámbito de consuelo y manipulación de la biografía.

Rosalía Winocur.

Cita:

Rosalía Winocur (2009). *La conexión, ámbito de consuelo y manipulación de la biografía*. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/224>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La conexión, ámbito de consuelo y manipulación de la biografía

Rosalía Winocur

Universidad Autónoma Metropolitana de la Ciudad de México

rosaliawinocur@yahoo.com.mx

winocur@correo.xoc.uam.mx

La interacción cotidiana de las personas con el celular e Internet, ha creado un vínculo mutuamente constitutivo de nuevos nichos culturales de producción de significado social. Estar comunicados a todas horas y en todos los lugares se ha vuelto un acto perentorio e indispensable. Las computadoras, el punto *com* en todos los anuncios publicitarios y los teléfonos celulares repicando sin cesar, ya son una parte indiscernible del paisaje de nuestros recorridos habituales. Las marcas, los modelos, y los accesorios configuran nuevas estéticas para vestirnos, movernos y presentarnos frente a los otros. Las búsquedas en Internet realizadas por mano propia o por encargo, cuestionan el saber y el poder de los padres, de los maestros, de los médicos, de los psicólogos, de los políticos y de las autoridades. Las redes sociales *on line* nos vuelven absolutamente visibles y multiplican nuestro capital social, el celular nos permite extender virtualmente los lazos protectores del hogar, y, desde que estamos *conectados* nos sentimos menos solos, y más seguros.

En este último sentido, Internet y el teléfono celular constituyen una poderosa fuente de consuelo disponible, permanente e instantánea, para aliviar el sufrimiento social y personal que provocan las enfermedades físicas, los padecimientos psíquicos, las adicciones, la estigmatización, la amenaza de disolución familiar y el riesgo de fragmentación biográfica. Necesitamos consuelo porque las fuentes que tradicionalmente nos brindaban certidumbres están erosionadas real e imaginariamente. El vínculo social que permitía integrar nuestras biografías en un imaginario colectivo e histórico de pertenencia se ha fragmentado y debilitado. Los relatos que tradicionalmente organizaban el sentimiento de pertenencia a comunidades imaginarias (Andersen, 1993) como la nación, la patria, o el ser nacional, han menguado su capacidad de cohesión frente a los embates de la globalización. Lo mismo sucede con las instituciones tradicionales como la familia, la escuela, la colonia, el trabajo, el sindicato y los partidos políticos, que ya no son lugares evidentes de integración e identificación. Internet y el teléfono celular nos brindan la posibilidad de recrear y nombrar permanentemente los vínculos familiares, generando realidades paralelas donde se multiplican los escenarios que nos confirman una y otra vez que existimos y que los otros existen para aliviar la incertidumbre.

En la perspectiva citada, se aborda la relación con Internet y el móvil más en su carácter existencial que instrumental, como un escenario simbólico constitutivo de nuevas formas de sociabilidad y entretenimiento, como una fuente de consuelo, como un espacio real e ilusorio para controlar la incertidumbre, como un territorio imaginario para fijar el *lugar* -en el sentido antropológico- amenazado por la dispersión y la deslocalización del ámbito doméstico, y como un recurso para sostener, acercar, inventar y reencontrar la presencia de *los nuestros* y de *los otros*. Los buscadores de Internet nos permiten recuperar todo lo que hemos perdido, olvidado o extraviado en el camino: amigos de la secundaria, compañeros de la militancia, novios de la adolescencia, primos en el extranjero, el árbol genealógico, amores platónicos, recetas familiares, imágenes de la niñez, canciones y publicidades de moda en nuestra juventud, y, por supuesto *coleccionar* mucha información sobre los aspectos más inocuos o trascendentes de la vida. En esos escenarios virtuales la identidad y el cuerpo pueden ser objeto de recomposición, y la biografía, amenazada de fragmentación y del *sin sentido* (Lechner, 2002:55) puede recuperar o rehacer su sentido individual y social. Por eso nos produce tanta angustia la posibilidad de olvidar o perder el celular o la *lap top* más que cualquier otro objeto, porque apreciamos profundamente no sólo la posibilidad de cargar o guardar nuestra biografía, sino la de rehacerla y manipularla.

La palabra “manipulación” tiene dos significados asociados a la conducta humana. Según el Diccionario *Pequeño Larousse Ilustrado* (1997) (disculpe el lector si no consulté *Wikipedia*), una literal que refiere a la acción de hacer las cosas con las manos “operar con las manos o con cualquier instrumento”, y otra metafórica que significa “gobernar los asuntos propios o ajenos”. La segunda, en el uso coloquial suele tener una connotación negativa, pero para el caso de este apartado, manipular tendrá los dos sentidos mencionados, el literal y el simbólico, más no la connotación negativa.

Internet requiere de las manos para poder ser utilizado. Aunque ya existan computadoras con sofisticados lectores y decodificadores de la voz, es indudable que el acceso y la apropiación de Internet están mediados por las manos. Las manos expresan, más que cualquier otra parte del cuerpo, nuestro *hacer* en el mundo. El diccionario recupera más de cincuenta expresiones de uso metafórico como: “hecho a mano”, “mano a mano”, “la mano derecha”, “estar a mano”, traer entre manos”, “cargar la mano”, “a manos llenas”, “de segunda mano”, “con las manos en la masa”, “petición de mano”, etc. A través de ellas creamos, gesticulamos, ordenamos, destruimos, envolvemos, aplastamos, plegamos, partimos, alisamos, revolvemos, acariciamos, golpeamos, ejercemos la ternura o la violencia, acercamos o alejamos a los objetos y a las personas y, por supuesto, escribimos y tecleamos en la computadora y en el celular. En pocas palabras, con las manos asimos y soltamos desde muy pequeños al mundo que nos circunda. Es difícil pensar entonces, que la operación de manipular la computadora tenga sólo un sentido instrumental, por el contrario encierra una profunda carga simbólica que remite al segundo sentido del diccionario: “gobernar los asuntos propios y ajenos”. Es indiscutible que en los circuitos del poder económico, político, militar y científico, el dominio y manipulación de esta tecnología les permite realmente ejercer el control sobre “los asuntos propios y ajenos”, pero para la mayoría de los mortales dicho control es imaginario. La computadora expresa, al igual que cuando éramos niños, nuestro escaso y omnipotente dominio del mundo. De niños, la relación con los objetos pequeños y manipulables, a los cuales chupábamos, sacudíamos, abríamos, y tirábamos con curiosidad, placer o enojo, eran todo el espacio posible no sólo para elaborar el duelo de separación de la madre (Winnicott, 1999), sino para conocer y aprehender el mundo. En nuestro mundo de adultos, donde la incertidumbre se ha vuelto la moneda de cambio de todas las operaciones cotidianas de compra-venta de certezas, la computadora y el celular, cual ositos de trapo, tienen un efecto calmante cuando nos ayudan a restituir el sentimiento de recuperar el control sobre nuestra biografía y circunstancias.

En lo que sigue presentaremos un caso significativo de las relaciones afectivas que las personas de más de cuarenta años establecen a menudo a través de Internet. Obviamente no representa todas las historias posibles de reencuentros en la red, si la hemos escogido es porque es especialmente emblemática del tipo de amalgama simbólica que instaura Internet en la subjetividad contemporánea de una generación que se quedó a caballo entre dos siglos, marcada por el fin de las utopías de cambios revolucionarios en el siglo pasado, y renuente a creer en las nuevas utopías que la tan mentada *Sociedad de la Información y del Conocimiento* promete para el futuro.

Alicia y Gustavo

Alicia, una exiliada argentina que vive en España desde hace 30 años, perdió el eslabón que la unía a un pasado de terror, muerte y desapariciones de la época de la dictadura. Pero junto con ello extravió su niñez, sus amigos de la secundaria, sus compañeros de la universidad y su primer amor de adolescencia.

En todo este proceso de empezar el puente que yo necesito es conectarme conmigo, es decir conmigo misma. Es que yo había perdido incluso mi propia conciencia de mi misma, yo no sabía cómo era antes de la militancia (...) incluso yo no tenía casi recuerdos, yo no recordaba cómo era, como que yo me recordaba dentro del partido o me recordaba post en España, pero ni cómo me vestía, no tenía casi recuerdos, estaba todo borrado.

La palabra clave que usa Alicia para explicar su ruptura con el pasado es *desconexión*, y lo hace sin mencionar a la computadora. Su insistencia en marcar que esta desconexión es “consigo misma” nos muestra claramente que lo que perdió no es externo a ella. Es algo que aún estando dentro suyo estaba “desconectado”. Y volver a conectarlo requería una operación de manipulación de su biografía, reuniendo los fragmentos dispersos, las huellas y las marcas del pasado para volverlas a dotar de significado, no el que tuvieron en el pasado sino el que hace sentido en el presente.

Luego de una terapia psicológica en un centro especializado para víctimas de la tortura y la represión que apeló a su capacidad de resiliencia, Alicia recuperó su historia a través de Internet treinta y cinco años más tarde. Alicia declaró en los juicios como sobreviviente acusando a sus captores y represores, también responsables de la desaparición, tortura y muerte de su marido. Pero el proceso que referiremos aquí, alude al aspecto más íntimo de reconstrucción de su biografía donde Internet, por una parte, actuó como un mediador en su sufrimiento, catarsis y recuperación

de los lazos que la unían al pasado, y por otra, le permitió construir un puente simbólico entre el presente y el pasado.

La primera etapa fue la búsqueda de una pista que le permitiera establecer contacto con la familia de su marido desaparecido. En varias oportunidades, y en distintos viajes a Argentina, lo había intentado indagando en el directorio telefónico, recorriendo las calles de la colonia donde habían vivido, preguntando a los vecinos, pero se habían mudado y nadie sabía darle una razón. Cuando a finales de los noventa tiene acceso a Internet intenta una nueva búsqueda y ahora si encuentra una pista.

Unos meses antes de viajar (a buscar a la familia de su marido desaparecido) se me ocurrió buscarlos en Internet, (...) entonces me meto en Yahoo pongo el nombre y me aparece el nombre de una maestra de una escuela primaria (...) Entonces inmediatamente cuando me sale en el listado del cuerpo docente de la escuela su nombre yo escribo una nota a la directora de la escuela, diciendo que soy una vieja amiga de la familia y que los estoy buscando.

Tal vez Alicia no hubiera necesitado estrictamente de Internet para realizar esta operación afectiva y emocional de ensamblaje, porque el espacio de la terapia psicológica hubiera sido suficiente, pero la aparición de esta tecnología en su vida le permitió generar múltiples y diversos escenarios de ensayo, montaje y conexión de las piezas extraviadas. Alicia tuvo que desarrollar ciertas habilidades para manejar el *software* con todos sus programas y aplicaciones, pero no son éstas las ventajas que advierte para rehacer su biografía. En su relato jamás aparece ninguna referencia a las posibilidades operativas de los sistemas y paquetería que utiliza, ni siquiera sabe cuáles son. La apropiación que Alicia hizo de Internet se produjo en un espacio de mediación simbólica entre ella y la máquina, donde necesariamente ésta debió ser humanizada para volverse una interlocutora válida.

Yo le digo el Señor Google, voy a consultar al Señor Google ¡EL ORÁCULO! (risas) Sí, aparte para mí es como una persona que está en mi casa porque le puedo hacer preguntas.

Alicia se refiere a Internet como el “oráculo”, expresión muy utilizada por los usuarios habituales de los motores de búsqueda como *Google* o *Yahoo*. Y la metáfora no puede ser más acertada para reconstruir el sentido de estas búsquedas. Los oráculos, cuál espejo de nosotros mismos, más que información nos dan claves para reconstruir el rompecabezas de nuestras vidas, entender los acertijos no resueltos del pasado, y adivinar que nos depara el futuro. Los buscadores no muestran el mapa de la vida, sólo te dan pistas y fragmentos de información que, al igual que en una novela

policíaca, el interesado debe reconstruir a partir de un conjunto de referencias muy íntimas y personales. En ese sentido, Internet nunca se comporta para quienes lo utilizan como un gran espacio abstracto y neutral de información. En el imaginario y en las prácticas de apropiación de la red, Internet *es*, en la medida que puede ser usado y significado a partir de necesidades y experiencias individuales o compartidas colectivamente, y que sólo hacen sentido en el universo simbólico y en la biografía personal de quienes lo utilizan.

Alicia, alentada por sus otros descubrimientos en la página de Yahoo, decide que es hora de buscar a su primer amor de adolescencia, asignatura pendiente por la interrupción de la militancia política en su vida:

En enero del 2006 se me ocurrió por primera vez poner el nombre de él en Google, entonces me meto y aparecen cinco personas con ese nombre (...) Y veo una carta en el correo de lectores que había aparecido en el periódico (...) con una dirección de e-mail. Cuando vi el tono y el texto y vi el nombre de "viejodinosaurio@", digo -éste es de izquierda, seguro, porque solo la gente de izquierda habla de los dinosaurios (...) Entonces yo mandé un e-mail que decía algo así como: "-estoy buscando a Gustavo, soy una vieja amiga (no iba a decir la novia de 17 años), la persona que yo busco cursaba Filosofía a finales de los 60 (...) y firmo Alicia, (...) y eso lo mando a las 8 de la mañana de España, como a las 5 de la tarde recibo una carta de cuatro páginas... que empieza diciéndome, -sí soy yo...." (...) yo siempre había estado enamorada de él, no fue que nos encontramos desde la nostalgia (...), sino que había habido una historia de amor muy profunda que había quedado congelada... y que esa historia y el paso de los 35 años habían hecho a cada uno procesar las cosas, pasar por distintos lugares.

Un encuentro amoroso virtual por breve, circunstancial o azaroso que sea, encierra desde sus inicios la promesa de que se concrete en el plano real, ya sea que se haya establecido entre dos personas que se conocían previamente o no. Y tal vez, éste sea uno de los aspectos más negados o subestimados por los profetas de los cambios revolucionarios que Internet está provocando en nuestras vidas: el peso de la necesidad de capitalizar en el mundo *off line* todo lo que obtenemos *on line*. Nadie inicia un romance virtual, o la búsqueda de "una asignatura pendiente", sin la expectativa de que pueda materializarse en un contacto cuerpo a cuerpo. Internet es un espacio para ampliar nuestras posibilidades amorosas y afectivas, para trascender el estrecho círculo (aún si vivimos en grandes ciudades) de nuestras relaciones y circuitos habituales. Un gran espacio para cazar nuevas especies o recuperar especímenes en extinción, cuando sentimos que nuestra pequeña laguna de contactos y relaciones se está secando incluso de sus variedades habituales.

Después de varios meses de intercambios virtuales, Alicia y Gustavo se encuentran en Argentina y necesitan confirmarse que todo lo que se dijeron a través de la red no ha sido un espejismo sino una realidad que puede ser reeditada luego de 35 años. Necesidad del presente pero anclada imaginariamente en el pasado como asignatura pendiente:

Estuvimos viéndonos durante un mes casi cada día, creo que fue la relación más fácil de retomar, es como si nos hubiésemos dado unas vacaciones, es como cuando un amigo se va de viaje y vuelve al mes así fue el reencuentro, pero había un periodo de 35 años de por medio. Lo armamos y detallamos, es decir nos hablamos todo y nos contamos todo con fotos (antes del encuentro cara acara). El primer encuentro fueron 7 horas sentados en la mesa con el café (...) Yo en el proceso de esos encuentros empecé a notar que me perturbaba desde otra perspectiva que no era solo la recuperación de viejo amigo, pero bueno me lo negué absolutamente... A él le pasaba lo mismo, hasta que un mes después de volver a España nos declaramos los dos lo que nos estaba pasando.

En el proceso de bucear en su pasado y darle un sentido desde su presente, Alicia va y viene entre sus realidades *of line* y *on line*, donde Internet no funciona como una plataforma tecnológica, de la que ni siquiera tiene conciencia, sino como una plataforma simbólica que se va amalgamando con su propio proceso interno de abrir y cerrar puertas entre el pasado y el presente. “Estar conectada”, “recuperar la conexión”, o “volver a “conectarme”, son expresiones que aluden al mismo tiempo al proceso físico de relación con la máquina y al proceso emotivo de su duelo.

Alicia y Gustavo crean en Internet realidades paralelas, mundos fantásticos para poder comunicar lo que sienten en distintos tiempos y planos emotivos, para poder mostrar diferentes pliegues de sí mismos. Su apropiación de internet no es un acto externo a sí mismos, la red no es una prótesis afectiva puesta en el lugar de lo que no hay, sino un recurso que por una parte, les permite realizar un despliegue narcisístico a través de un proceso autoreflexivo, y, por otra, diferir los espacios de la comunicación creando vínculos entre unos y otros.

Internet nos ha permitido desarrollar distintos planos de relación (...) Tenemos juegos de personajes que hemos ido creando que se escriben entre sí, es paralelo a que nosotros nos escribimos como Gustavo y Alicia (...) Y la inmediatez de la ansiedad (del teléfono) está mucho más controlada en Internet, (...) entre nosotros al email le decimos mariposas, porque son cartas que van a una velocidad muy rápida, son cartas que vuelan y esas son nuestras mariposas, pasa que cuando hablo para los demás digo e-mail, pero para mí un e-mail es cuando pasas un documento, pero cuando escribes páginas y páginas y páginas son cartas pero

llegan rápido vuelan(...).Internet es nuestra vía para contarnos todo desde lo que me pasa a mí hoy, de mis dudas con respecto a todo, de mis miedos respecto a todo.

Los treinta y tres años de separación entre Alicia y Gustavo, donde ninguno supo ni necesitó del otro fueron reinterpretados a la luz del reencuentro. Imaginariamente parecía que todo ese tiempo hubiera transcurrido sólo para posibilitar la recuperación de una promesa de amor inconclusa que quedó congelada en el pasado, destinada a cumplirse muchos años después. Esos treinta y tres años no fueron negados, omitidos, borrados o destruidos, sino condensados en el sentido psicoanalítico de los sueños, de forma tal que se reelaboraron como símbolos de otros símbolos, que a su vez aludían a otros símbolos de la niñez y la adolescencia. Está muy lejos de mi intención hacer aquí una interpretación psicoanalítica de lo que ocurrió entre Alicia y Gustavo, si tomo la idea freudiana del funcionamiento del sueño, es para explicar que la rapidez y la intensidad con lo que todo ocurrió entre ellos no fue sinónimo de superficialidad, falta de compromiso o espejismo virtual, sino de la necesidad de compactar la extrema densidad de la vida para que pudiera adecuarse al *sinó* del encuentro. Al igual que en los otros casos, Internet actuó como una plataforma simbólica donde fue posible manipular, en sentido real y en sentido metafórico, la biografía de cada uno para poder realizar una operación de sutura entre el pasado y el presente que los unía.

La historia de amor entre Alicia y Gustavo fue real aunque transcurriera la mayor parte del tiempo en escenarios virtuales. Fue real porque comprometió la fuerza de los sentimientos, de los anhelos y del deseo, y en eso no tuvo nada de diferente si en lugar de Internet fuera el azar el que los hubiera reunido en un parque de Nueva York. Pero aquí la clave que marca la diferencia con las posibilidades de un encuentro azaroso, es que Internet les permitió controlar esta variable para darse el máximo de posibilidades. Eso representa la red, el máximo de posibilidades reales e imaginarias de abarcar nuestras circunstancias, nuestra historia y nuestro pasado manipulando una pequeña caja que contiene piezas con múltiples y diversas alternativas de encaje.

Alicia y Gustavo construyeron un mundo propio, con varias capas de intimidad y metalenguajes amorosos de bosques encantados, castillos, princesas y mensajeros. Pero no era un mundo para compartir con los otros, era un mundo que sólo adquiriría sentido en la medida que tenía ciertas claves que sólo podían ser comprendidas entre ellos. Fue la recuperación de una historia de amor que tampoco estuvo destinada a tener un final feliz -aunque éste fue añorado e imaginado de mil formas-, sino a resanar la biografía de cada uno. Alicia y Gustavo hicieron el intento de vivir juntos

en Argentina, pero en el mundo de las rutinas tuvieron que reconocer que cada uno de ellos era otro más allá de sí mismo, con necesidades propias y diferencias difíciles de negociar en la convivencia. Se siguen escribiendo pero ya no viven juntos. Alicia regresó a España donde vive actualmente.

A diferencia de lo que ocurre en las redes sociales como *Facebook*, la historia del reencuentro entre Alicia y Gustavo no estuvo hecha para ser mostrada ni exhibida frente a los extraños o ajenos a la historia. A pesar de las innegables diferencias que separan a esta generación con las que ya nacieron en la era digital, y también de los procesos disímiles de apropiación de dicha tecnología, Internet se vuelve central en el proceso de manipulación y recomposición de la biografía de quienes lo utilizan. En el caso de las personas de más de cuarenta años, la emergencia de dicho proceso se expresa en la nostalgia de las certezas ontológicas de la niñez y de la adolescencia, y en la recreación y ampliación a través de Internet de la intimidad que les permite un viaje hacia las profundidades de la memoria mediante un ejercicio de autoreflexividad. Por el contrario, en los jóvenes, la experiencia de “retocar” la biografía se da a la inversa: deviene desde las profundidades del anonimato a la visibilidad *cuasi* obscena de la superficie.

Una reflexión final

Luego de escuchar esta ponencia, tal vez se pregunten con razón por qué no fue titulada “Amor y desamor en la red después de los 40”, “La asignatura pendiente”, o algo por el estilo. Tuve dos razones para no hacerlo. Una explícita y otra implícita, la explícita fue explicada en el primer párrafo. La propia biografía amenazada de fragmentación y de “sinsentido”, se reinventa ella misma como una fuente de sentido, paradójicamente, a través de la mediación de los relatos mediáticos y las nuevas tecnologías de comunicación, espacios ilusorios pero con una gran eficacia simbólica para reunir imaginariamente los pedazos. Este universo simbólico cada vez más se repliega a la propia biografía, a lo propio, y a lo próximo recreado virtualmente, por eso la mayoría de nuestros intercambios virtuales son con personas conocidas y afines, o con redes profesionales que se mueven en nuestro campo de especialización laboral, académica o profesional.

La segunda, implícita, tiene que ver con la perspectiva desde donde nos situamos para entender la relación entre el sujeto y la tecnología en esta generación. El amor y los afectos cuando se expresan en Internet no son un stock disponible de sentimientos que las personas se meten a bucear dentro

de la Caja de Pandora de la red, aunque la acción explícita y la intención declarada sea esa. Internet no es algo que ocurre fuera de las personas, ni tiene una externalidad ajena a la experiencia humana aunque este mediada por un soporte tecnológico. La manera como la bibliografía dominante se ha ocupado del tema, ha separado en dos ámbitos - *on line* y *off line*-, la experiencia del sujeto con las nuevas tecnologías de comunicación. Alicia, Gustavo en sus relatos y en sus prácticas nunca separan su experiencia íntima de su experiencia con Internet. Aunque reconozcan las diferencias entre ambos mundos y sus formas de comunicación, la experiencia los integra subjetivamente y les da un sentido que trasciende esas diferencias. El tipo de apropiación que hacen de Internet también es bastante significativa del sentimiento que envuelve a esta generación de haberse quedado atrapada entre el sino existencial de dos siglos, donde uno reniega del otro. El extrañamiento que les produjo la nueva tecnología, fue resuelto convirtiéndola en una ampliación de su propia intimidad, pero que no se extiende hacia afuera de *sí mismos* sino hacia el interior de *sí mismos*. La palabra clave que teje el espacio de mediación simbólica entre su experiencia de vida y las viejas y las nuevas tecnologías de información, es *conexión*. Conectarse con los antiguos y recientes conocidos tanto reales como virtuales, conectarse con el pasado y con el futuro, pero sobre todo conectarse consigo mismos. El espacio de integración de la operación física y emocional de *conectarse* en la subjetividad no se da en la máquina sino en el individuo.

Las palabras *red* y *conexión* preexisten a la computadora y a Internet con varios sentidos literales y metafóricos, la novedad ahora es que a partir de Internet nunca habían expresado de manera tan explícita diversas realidades de inclusión y exclusión comprendida la digital, y nunca habían denotado tanto a la naturaleza de los vínculos sociales. Pero en cualquier caso la necesidad de conectarse y de entrar en conexión con otros no obedece intrínsecamente a necesidades sistémicas de la red, sino a una necesidad individual que encuentra su impronta social y cultural en procesos acarreados por la modernidad y que preceden en mucho a las TIC. En el marco de nuevas formas de experiencia mediada, las nuevas tecnologías de comunicación juegan un papel trascendental:

“la autoidentidad se convierte en esfuerzo reflexivamente organizado. El proyecto reflexivo de sí mismo, que consiste en el mantenimiento de la coherencia en las narraciones biográficas, a pesar de su continua revisión, tiene lugar en el contexto de las múltiples posibilidades filtradas a través de los sistemas abstractos” (Giddens, 1996:38)

De todos los ámbitos de la experiencia mediados por sistemas abstractos, Internet es el más abstracto y también el de naturaleza más reflexiva. No existe ninguna otra tecnología que tenga la capacidad de generar tanta reflexividad sobre sí misma, porque su propia condición de existencia implica múltiples actos simultáneos y diferidos de reflexividad en red. No hay manera de estar en

Internet sin reflexionar sobre el sí mismo y sobre los otros. Desde sus formas más elementales hasta sus formas más elaboradas, Internet requiere de un proceso de reflexividad explícito para poder ser utilizado. A pesar de las múltiples opciones que nos presenta para crear y editar cualquier clase de texto o imágenes, ninguna de ellas “están dadas”, no existe un *habitus* en el sentido de Bourdieu que nos habilite a usarlas sin producir un acto de reflexividad explícito. Además de contar con las habilidades necesarias para poder manipular dichas opciones, escribir, chatear, participar, postear, responder, e incluso hablar a través de una cámara, implica seleccionar una forma de organizar y comunicar las ideas entre muchas posibilidades que a diferencia de la vida cotidiana “no están dadas”.

En el sentido expuesto, no estoy muy segura de coincidir con las opiniones compartidas de que las relaciones en Internet se caracterizan por su bajo nivel de compromiso y volatilidad. Más bien constituyen la forma más radical de lo que Giddens denomina “las relaciones puras” propias del periodo más avanzado de la modernidad. Internet se amalgama muy bien con lo que éste autor denomina el proceso de “transformación de la intimidad” (1996)

Una relación pura conlleva la disolución de los criterios externos: la relación pura existe meramente por todo lo gratificante que ella pueda proporcionar. En el contexto de la relación pura, la confianza puede ser movilizada únicamente por un proceso de apertura mutua. La confianza en otras palabras, no puede estar anclada en criterios externos a la propia relación –como los criterios de parentesco, deber social u obligación tradicional. Como la autoidentidad con la que se encuentra profundamente entrelazada, la relación pura tiene que ser reflexivamente controlada a la larga frente al soporte de las transiciones y transformaciones externas. (...) “Las relaciones puras presuponen el ‘compromiso’, que es una especie particular de confianza. El compromiso debe ser entendido como un fenómeno del sistema referencial interno: otras personas o personas implicadas. La exigencia de intimidad entendida como resultado de los mecanismos de confianza forma parte integral de la relación pura. Por tanto se trata de un error ver la ‘búsqueda de intimidad’ contemporánea, como muchos comentaristas sociales han hecho, como una reacción negativa a un universo social totalmente impersonalizado. (...) En general, en la vida personal y en la vida social, los procesos de reapropiación y realización individual se entrelazan con expropiación y pérdida” (1996:40)

Por último, se me podrá señalar, y con razón, de que la mayoría de la gente no tiene acceso a Internet, y de los que tienen acceso, muchos no lo usan para buscar pareja, corregir el mal *timing* de un encuentro amoroso potencial, o realizar una fantasía de amor adolescente. Pero nadie me podrá negar que la mayoría de nosotros, tengamos acceso o no a Internet, alguna vez no hemos fantaseado, añorado o recreado ese lugar ontológico de las primeras experiencias amorosas, o no hemos deseado un encuentro mágico que nos ayude a sobrellevar el tedio de las rutinas cotidianas o la angustia de esas mismas rutinas amenazadas de riesgos e inseguridades de diverso tipo. La diferencia con los que tienen acceso a Internet es que la red les permite realizar sus fantasías sin asumir demasiados riesgos y ampliar las probabilidades de que éstas ocurran. Muy pocas historias de amor tienen *happy end* en Internet, aunque todos conozcamos un caso exitoso la mayoría no se logran (ni tampoco se conocen porque son secretas), porque, como señalábamos más arriba, no estuvieron destinadas a tener un final feliz sino a resanar, calmar o cicatrizar nuestra biografía herida de incertidumbre.